

7 DE JULIO SAN FERMIN

SON de hierro estos «gachós»!

Un comentario oído en la calle. Una frase que puede explicar lo que representa San Fermín, y que se escucha en cada esquina de Pamplona.

Son ocho días de reto a la naturaleza física; una dura competición entre el cansancio y el «jolgorio» callejero. Las habitaciones de los hoteles —abarrotados— apenas se estrenan. Ni siquiera la lluvia, esa lluvia que se ha prodigado tanto estos días, ha podido con ellos. Continúan en la calle, con su bota al hombro y el cabello chorreando, con su camisa blanca empapada de agua y de vino. Todos llevan pañuelo rojo, con el pico sobre la espalda; un pañuelo mojado con «tintos» y sangre de toro. Es el marchamo de la fiesta. Lo anudan al cuello, desde la anciana al niño de meses.

riau-riau

Acaban de dar las doce del día 6. Se oye un ¡Viva San Fermín! seguido de ¡Viva Pamplona!, e inmediatamente detrás, el primer cohete. Se destapa una bota que no volverá a cerrarse hasta el final de las fiestas. Hay una jota en el aire. En torno al «chistulario» se forma un corro de gente que baila. Un corro que se agranda en el transcurso de los días, y que terminará por abarcar Pamplona entera.

Dos navarros juntan las manos ante el altar de San Fermín. Han elegido esta fecha para casarse. El, va vestido de pamplonica. Al cuello, su pañuelo rojo; faja y alpargatas de cintas. Cuando salen del templo, San Fermín les presta su fiesta. Y no hay marcha nupcial, sino cohetes y gritos de alegría.

El «riau-riau» desaforado, llena los oídos de la gente. Ya no hay descanso. Cuando anochece, los gritos toman un nuevo incremento. Han llegado forasteros de toda España. No obstante, predomina el inglés en las conversaciones. Por las calles, se circula en una sola dirección. Las masas de gente se trasladan sin saber dónde, siempre detrás de alguien. No hay rumbos marcados. En todas partes se encuentran tabernas, que son paradas forzosas.

En la plaza del Castillo, suben hasta el cielo los fuegos de mil colores. Duran sólo un momento y después se desvanecen en una estela blanquecina. Pero siempre hay una nueva brassa que se prodiga en estrellas brillantes. Todas las cabezas están levantadas. Esto es, quizá, lo más curioso: el que la gente, sin voluntad propia y ganada por la fiesta, mira al lugar que miran los demás, camina por donde ellos y nunca sabe dónde va ni lo que quiere. Lo cierto es que tampoco tiene importancia ir a un lado o a otro, ni mirar en una dirección determinada.

Llueve. Las «peñas», en su continuo desmbular, se empapan en medio de la calzada. Empiezan la segunda. O la tercera. O quién sabe si la décima ronda por las tabernas. Cantan; siempre van cantando. Los americanos —sin duda el grupo más numeroso—, les miran con envidia y acaban colocándose una boina roja y uniéndose a la «charanga».

SIGUE



Los de las «peñas» son los protagonistas directos de la alegría sanferminera. Tienen nombres como éstos: «Armonía Chantreana», «Muthiko Alaiak», «Los de bronce», «Oberena», «Aldape», «La alegría de Iruña»... Desfilan por las calles con pancartas ingeniosas. Duermen a trompicones. Unos minutos en la taberna, con los codos sobre la mesa. Cuando despiertan, tienen que buscar por todo Pamplona a su grupo. Pero no es difícil hallarlo. Ya se sabe: en los sitios donde sirven buen vino.

esperando a san fermin

Las chicas tampoco se acuestan estos días. No conocen el ambiente de la noche pamplonesa. Pero en San Fermín todo está permitido. Algunas se lanzan a la calle con sus pandillas bailando y cantando en las esquinas y en los soportales de la plaza del Castillo.



La música popular es insustituible en los sanfermines. Sin ella perderían su sentido. Es la tradición

Humo mezclado con notas de «twists». Cantan unos negros. Luces indirectas. Hay mesitas bajas y divanes repletos. Junto a los «bongós», insensible a los golpes que retumban, una pareja prolonga su abrazo toda la noche.

El ritmo se contagia. Todo el mundo jalea con palmadas y gritos. Una chica se levanta. Mueve las caderas. Parece que su cintura es de goma. Es incansable. Sin embargo, sus parejas tienen que renovarse. No resisten el nuevo baile.

A lo largo de la noche, hay un continuo cambio de personas. Entran pandillas enormes: de chicos y chicas, de novios, de amigos, de matrimonios jóvenes. Todos —los que entran y los que salen—, parecen conocerse. Se llaman por su nombre. Y es curioso: la «élite» de Pamplona sólo usa nombres terminados en «ito». Aunque «Juanito» mida un metro noventa y sea un navarro de espaldas cuadradas.

No hay vino en las copas esta vez. Es «whisky» lo que se bebe.

Dos daneses —piel rosa y pelo rubio— ocupan un diván. Se susurran palabras al oído y tienen las manos cogidas. El viste descuidadamente. Lleva barba, rubia y rizada. Ella, unos pantalones arrugados y sucios. No parecen darse cuenta de las sonrisas irónicas de los que dicen que «en San Fermín todo está permitido».

Todos esperan la hora del encierro.

la samba sanferminera

Si a alguien se le ocurrió la idea de dormir, los gaiteros y chistularis se encargan de disuadirle. Recorren las calles cantando:

«Levántate pamplonica y da de la cama un salto...»

Los mejores sitios están ocupados desde horas antes. Ya ha amanecido. Empiezan a abrirse los balcones y aparecen personas en pijama, envueltas en mantas. Ellos serán los que mejor verán el espectáculo. Los de la calle, apenas se enteran de nada. Muchas chicas subidas en las barreras, defienden su puesto con energía. Otros, suben a los huecos de las ventanas y esperan.

—¿Tú no corres?

—Ni hablar. El año pasado, me zumbaron de lo lindo los toros y se me han quitado las ganas...

La calzada —abarrota momentos antes— se despeja rápidamente. Ni siquiera ha sonado el primer cohete. Pero, ¿y si se hubiera escapado un toro? A los pocos segundos, no queda nadie. Ese ruido ensordecedor al que se acostumbra uno nada más llegar a Pamplona —mezcla de canciones, gritos, música, etcétera— ha desaparecido. Hay un silencio expectante y nervioso. Los guardias ya no permiten pasar la barrera. De repente, llegan dos franceses, descamisados. Vienen corriendo. Les impiden el paso, pero ellos gritan:

—Querremos correr...

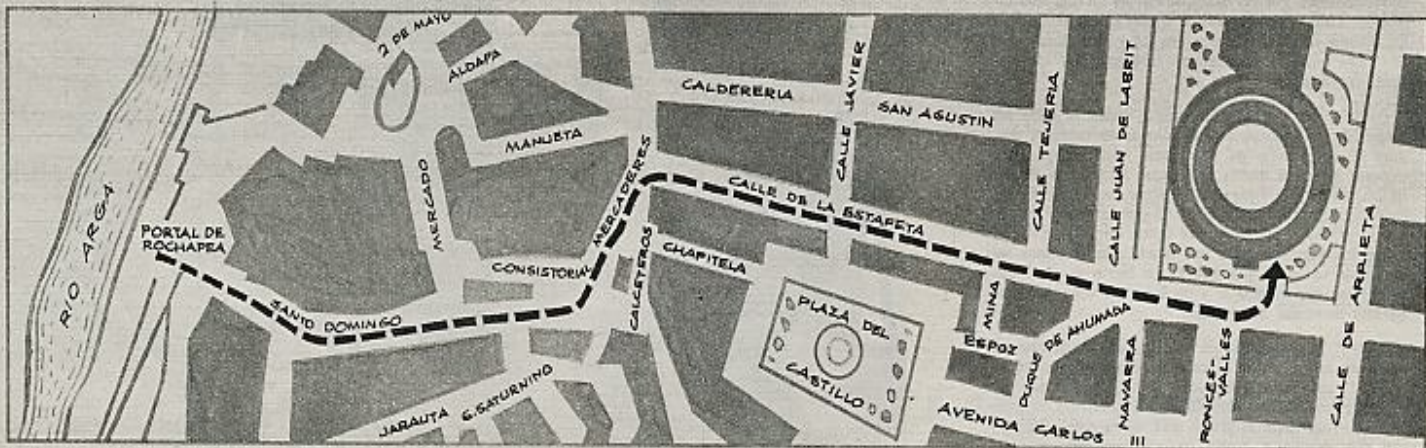
Les indican por dónde tienen que ir y salen disparados. Temen no llegar a tiempo.

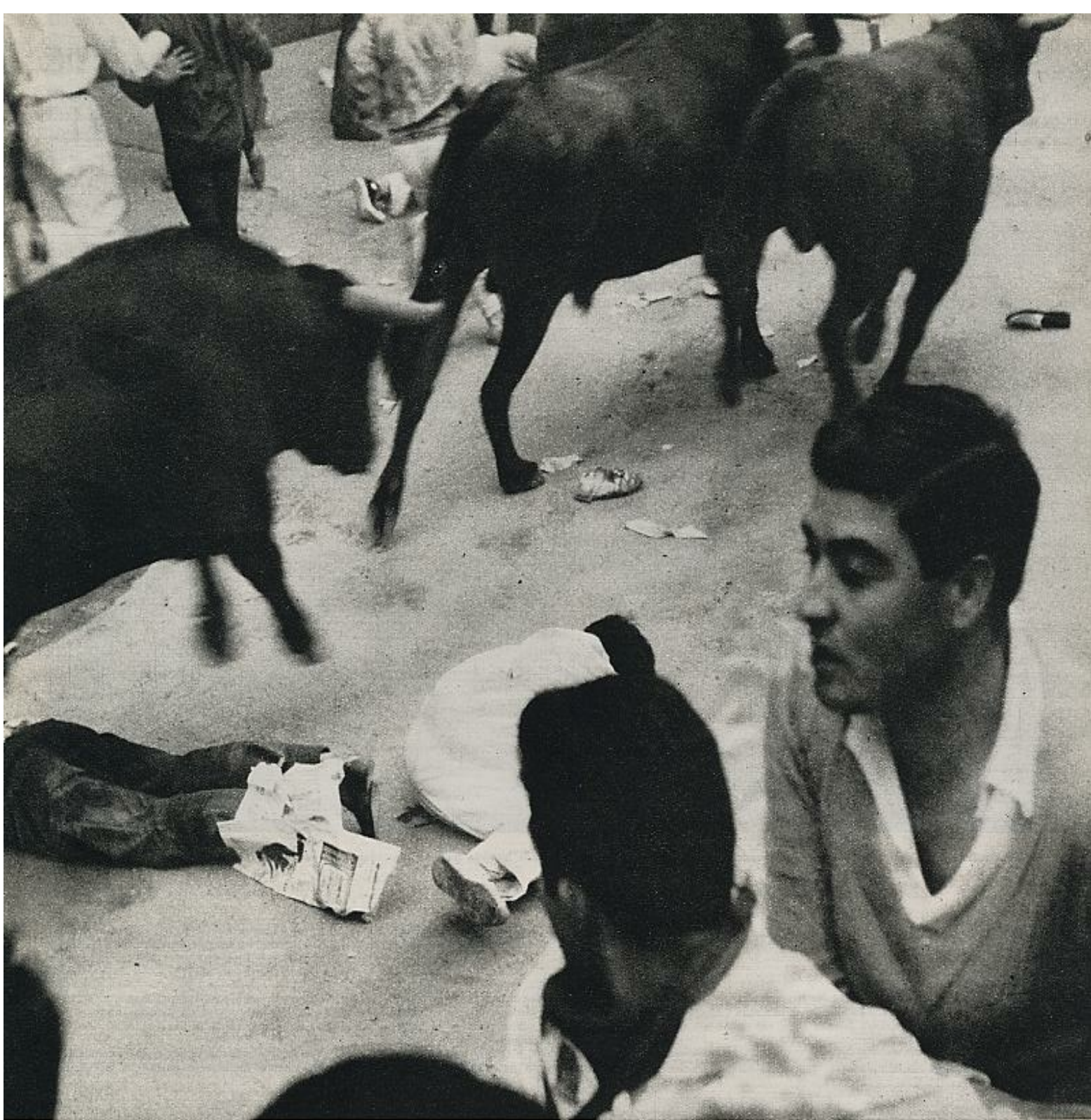
Suena un cohete. El primero. Es el aviso. Inmediatamente, llega una masa de mozos corriendo enloquecidos. Miran para atrás con el rabillo del ojo. Los corazones laten fuerte bajo sus camisas blancas. Cuando estalla en el aire el segundo cohete, la mayoría se «raja». Se refugian en las barreras, antes de que aparezcan los cornúpetas. Hay en el aire movimiento de carnaval, como un ritmo de samba en el que todos participan. Llegan los toros, resbalando por el enlosado; los hombres no miran ya con el rabillo del ojo. Han vuelto descaradamente la cabeza hacia atrás. Hay miedo en sus rostros; miedo y excitación. Son sólo unos segundos, unos instantes de confusión y, poco después, absolutamente nada. Esto es el encierro. Cuando la gente empieza a retirarse y abandona sus puestos estratégicos, llevan esta sensación de excitación fugaz, rápida, de unos segundos vividos con mucha intensidad, pero que dejan sabor a poco.

Vuelve el ruido de antes. La gente va contenta. Se han divertido viendo el miedo que pasaban los valientes que «corrieron». Pero otros comentan el incidente. Hay un contrapunto trágico a esta alegría desbordante. Y es que ha surgido la primera víctima



De la Rochapea a la Plaza de Toros. Este es el itinerario de los sustos





La muchachada pamplonica no le teme a los toros. Una hoja de periódico sirve a veces a modo de muleta para burlar a la fiera, que sigue su camino

de los «sanfermines». Es un muchacho de San Sebastián. Ahora está en el hospital. Tiene una pierna destrozada por los cuernos.

7 de julio... ¡hoy!!

Ya están los toros en la plaza. Los mozos han saltado la barrera y corren en torno a las fieras. La gente —en los tendidos— aplaude el espectáculo. Fuera, la muchedumbre se traslada hacia el centro.

Son las siete de la mañana. En la puerta de las churrerías, grandes colas vuelven las esquinas. En el café, chocolate con churros. Las mesas, abarrotadas. Sale un grupo de navarros. Tienen los ojos brillantes. Uno de ellos, se acerca a una mesa donde desayunan dos muchachas.

—¿Cuál de vosotras quiere casarse conmigo...? Me da igual...

Se acercan los amigos.

—Vamos, Juancho, no molestes...

Salen a la calle. Luce el sol. En las aceras, en los bancos y en los porches, la gente —tumbada— duerme. El vino comienza a hacer efecto. No les despierta ni el ruido, ni la gente que les pisa al pasar.

Los gitanos se sientan en banquetas, junto a sus puestos. Venden de todo. Pañuelos, pitos, muñecos... Regatean siempre y mezclan en su charla esas mentiras que les hacen pintorescos. La novedad de este año es un martillo de plástico, con un pito dentro. Es lo que mejor se vende. Con él, puede uno divertirse golpeando en la cabeza o en el hombro de los que pasan a su lado. Nadie se enfada. Se soportan todas las bromas. Todos los empujones...

Un grupo recorre una calle. Son chicos y chicas que andan despacio. Circula una bota que refresca las gargantas muchas veces; alguno se bautiza con vino. De pronto, en un rincón cualquiera, surge la música. El grupo se para. Como respondiendo a una orden, empiezan a cantar y a moverse. Se cogen las manos,

se sueltan... Siempre sin parar de saltar. Los pies no descansan. Y el grupo se agranda cada vez más. Los extranjeros corean las canciones chapurreando el idioma, y bailan con ellos.

Llegan de Corella mujeres y hombres cargados de ajos. Era el adorno que faltaba en los atuendos pamplónicos: la clásica ristra colgada al cuello, como un collar. Sin embargo, no compra todo el mundo. ¡Este año cuesta sesenta pesetas la ristra!

Un hombre, vestido de explorador, vende peines y bolígrafos. Grita, pero su voz se pierde entre la gente que le rodea. Más allá, tres chavales llegados de algún pueblo contemplan, con la boca abierta, un montón de globos que el vendedor sujeta en el sombrero.

Las calles ofrecen un aspecto de verbena cosmopolita. Se mezclan las regiones españolas con los pueblos de pasada la frontera, e incluso con los del otro lado del mar. Nota de color la pone un contingente de negros de ambos sexos. Con trajes blancos y adornos rojos, resalta más el tono de su piel. **SIGUE**



Las canciones, los gritos, la música, han cesado. Silencio... y de pronto una riada humana que nos ensordece. Detrás van los toros empujando a la multitud

pocos famosos en san fermin

Y después de comer, ¡a los toros! No hay entradas desde hace mucho tiempo. Las localidades se han vendido en Madrid, en Barcelona, y hasta en el sur de Francia. Llueve otra vez.

Curro Girón, ya sin traje de luces, se queja de sus

toros «pasados por agua». Está comprando una boina y un bastón. También lleva camisa blanca y pañuelo al cuello.

La gente sigue en la calle. Parece como si todos se hubieran marcado el mismo «handicap»; no dormir mientras duren las fiestas. Nadie se fija ya en el aspecto de los demás. Todos van despeinados, las mujeres no se ocupan de su maquillaje. En los «night-clubs», se permite la entrada a todo el mundo. Ni en los sitios más «chico» exigen un atuendo apropiado.

En el «Tennis» está reunido el «Tout-Pamplona». En los hoteles, los recepcionistas comentan la falta de personajes populares y famosos. No comprenden qué ha podido ocurrir este año.

Dolores del Río pasa fugazmente en un coche de caballos. Va envuelta en un «sarape» negro, y lleva gafas oscuras. Se pierde en una esquina.

Tratando de esquivar la lluvia, que continúa insistente, Virginia Smith —la mujer que más corridas

Hacia la plaza. Dentro de unos minutos entrarán mezclados toros y «toreros»



A divertirse por todos los medios. El vino les impulsa. La fiesta sigue...





Hay menos accidentes de los que parece en los sanfermines. Pero a veces un toro consigue hacerse con su presa. Y un experto cae atropellado en la calzada

ha presenciado— no se atreve a salir de los soportales de la plaza. También ella va con pañuelo rojo,

los de la ribera

Llegan por la noche a Pamplona. Vienen a correr en el segundo encierro. Son labradores, obreros y «se-

ñoritos» de San Sebastián, Logroño, Vitoria... Muchos, de pueblos franceses. Llegan más de cien mil. Estos, ni siquiera han pensado en buscar un sitio para dormir. Vienen hoy porque es sábado. Mañana, por la noche, volverán a sus pueblos para trabajar el lunes.

Se mezclan al jolgorio. Buscan a los amigos, a los conocidos de años anteriores, y marchan a beber con ellos. Luego, se unen a los corros que bailan en la

calle. Algunos, en una esquina, sacan sus instrumentos y entonan canciones de su tierra.

—Eso no vale... ¡Aquí sólo se canta a San Fermín!

En una calle pequeña, junto a un cubo de basuras, apoyado en el quicio de una puerta, un extranjero duerme con la cara cubierta por un enorme sombrero de paja. Se ha descalzado y las alpargatas le sirven de almohada.

¿Para qué buscar un alojamiento que no encontrarían? Y mañana, a seguir

“Sanferministas” de Minnesota, de Atlanta, de París. Un trago. Esto es vida...

